

Bonfim, Paula. *La “cultura del voluntariado” en Brasil. Determinaciones económicas e ideopolíticas en la actualidad.* San Pablo, Cortez, 2010.

GUSTAVO J. REPETTI
(FTS-UNLP/MG. Y DOCTORANDO UFRJ)-BRASIL)

“El voluntariado pasa a representar, entre otras cosas, el ejercicio de la ciudadanía, la responsabilidad de la “sociedad civil” brasileña por el bien común, la opción por acciones inmediatas y pragmáticas en lo que se refiere al enfrentamiento de los llamados “problemas sociales”” (Bonfim, 2010:9, traducción mía).

El libro de Paula Bonfim¹ publicado por la editora Cortez que aquí reseñamos, resulta de fundamental importancia para comprender nuevas determinaciones en el patrón de intervención social, a partir de la comprensión de lo que ella denomina “cultura del voluntariado” en Brasil como una de las formas contemporáneas de respuesta a las refracciones de la “cuestión social”. La riqueza de este análisis crítico radica en la posibilidad de pensar –a partir de la construcción de mediaciones particularizadoras– una “nueva” forma de actuación en los llamados “problemas sociales” –producto de la contradicción fundamental de la sociedad de clases– que no es exclusiva de la sociedad brasileña, sino que constituye una estrategia presente en la mayoría de los países de la región.

La autora desarrolla un análisis que permite examinar las repercusiones de la llamada “cultura del voluntariado” en el ámbito de las políticas sociales. De esta manera, enfrenta el desafío de entender al voluntariado a partir de las determinaciones que lo particularizan histórico-socialmente; esto significa, superar cualquier interpretación apriorística o de validez universal sobre el asunto. Sus reflexiones presentan una crítica que muestra, claramente, la dirección política del voluntariado y la funcionalidad que éste asume en la sociedad brasileña en la actualidad. En este sentido, Bonfim propone pensar la forma en que la lógica capitalista se apropia de valores como la solidaridad y de motivaciones individuales para forjar una “cultura del voluntariado” con el objetivo de repensar el consenso y, en esta dirección, un “nuevo” patrón de intervención social.

1- Asistente social, formada por la Universidad Católica de Salvador, Bahía, Brasil (UCSAL). Magister y doctoranda en Servicio Social por la Escuela de Servicio Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro (ESS/UFRJ)

Esta lectura nos ofrece una crítica contundente a aquella perspectiva según la cual el incentivo a las actividades voluntarias es un producto de la “sociedad civil” madura (como sinónimo de “tercer sector”), de la conciencia ciudadana o del fortalecimiento de la democracia. Ella propone, en cambio, pensar el estímulo a una “cultura del voluntariado” asociada a la creación y consolidación de los organismos públicos de la sociedad civil (OSCIPs), a la proliferación de esta práctica en el sector estatal y empresarial, y como vinculada a determinaciones de orden económico-político e ideológico presentes en la sociedad brasileña a partir de la década de 1980. De esta forma, concibe la “cultura del voluntariado” relacionándola con lo que Ana Elizabeth Mota (2000) denomina “cultura de la crisis”. Según esta última autora:

“El rasgo predominante de esa cultura es la idea de que la crisis afecta igualmente a toda la sociedad, independiente de la condición de clases de los sujetos sociales, de modo que la “salida” de la crisis exige consensos y sacrificios de todos. Por tanto, la burguesía intenta obtener el consenso activo de las clases subalternas, basado en cuestiones que afectan el cotidiano de las clases trabajadoras, considerándolas como situaciones derivadas de la crisis” (Mota en: Bonfim, 2010: 14, traducción mía).

Por consiguiente, se plantea que a partir de la cultura política de la crisis se reciclan las bases de la constitución de la hegemonía del gran capital, y el modo de enfrentar la crisis presenta particularidades en los distintos ámbitos de la vida social. A partir de estos fundamentos Bonfim presenta claramente el proceso a través del cual se establece una relación orgánica entre “crisis y hegemonía”. La importancia dada al componente ideológico, decisivo para la expansión de la “cultura del voluntariado” es fundamentada por medio de una de las ideas centrales de la “cultura de la crisis”, es decir, la idea de que todos están siendo penalizados por la crisis y que para salir de ella se requieren sacrificios y ayuda mutua. Esta premisa sienta las bases para la expansión de la actividad voluntaria en tanto principal salida para la solución de los “problemas sociales” agudizados en esta coyuntura.

La autora propone la comprensión de la construcción de este “nuevo” patrón de enfrentamiento de las refracciones de la “cuestión social” a través de un análisis profundo de su propia base histórica y para ello desarrolla un análisis de las coyunturas de crisis que nos permita entender la naturaleza de las recesiones en el desarrollo reciente del modo de producción capitalista. Por ello encontramos en el libro un denso desarrollo para explicar la crisis enfrentada a partir de 1973, que impuso la necesidad de modificación del patrón de acumulación y configuró el límite y derrumbe de la propuesta keynesiana. Este fenómeno es analizado en términos de crisis económico-política, pero también social y moral, producto de las transformaciones en el campo cultural a partir de los años '60 del siglo XX, las cuales constituyen elementos fundamentales para establecer una cultura del voluntariado, debido a la necesidad de restablecer vínculos sociales fracturados.

Citando a Hobsbawm (1995), Bonfim afirma que la estrategia política de reconstrucción post II Guerra Mundial significó el descarte de la posibilidad de retorno a la economía de libre mercado, implicó consensos derecha-izquierda en la mayoría de los países occidentales y de esta forma se neutralizó el fantasma de la derecha fascista y de la extrema izquierda comunista (Bonfim, 2010: 22). Ahora bien, es a partir de la crisis de acumulación acaecida durante la primera mitad de la década de 1970, de la recesión propia de ese período, que emergen las bases de la reestructuración económica que abrirá las puertas para el surgimiento posterior del ideario neoliberal. La responsabilidad por la crisis será atribuida a factores exógenos, es decir, se indicará como principal responsable al Estado de Bienestar Social.

La autora particulariza el debate sobre la crisis para el caso brasileño afirmando que las políticas sociales en Brasil tuvieron carácter focalizado desde el inicio, no constituyendo –de este modo - un sistema de protección social como en los países industrializados post '45. Es a partir de la reforma constitucional de 1988 (con la Constitución ciudadana) y de la promulgación de la Ley Orgánica de Asistencia Social (LOAS) en 1993, que se conseguirá imprimir el principio de universalización a las políticas sociales, privilegiar el estatus de ciudadanía y la referencia a los mínimos sociales, donde la asistencia pasa a constituir un derecho en cuanto política pública. Además, se define por primera vez el hecho de que ciudadanos “no incapacitados” puedan ingresar en la categoría de destinatarios de la asistencia social.

No obstante, para la autora estas conquistas no lograron revertir la tendencia que se venía configurando en la fase avanzada del capitalismo tardío, es decir, la lógica privatista en la forma de enfrentamiento a las manifestaciones de la cuestión social. Esto significa que bajo la dirección de la burguesía financiera -y ya no industrial- se desarrollan estrategias tendientes a obstaculizar o limitar el avance de las conquistas democráticas posteriores al fin de la dictadura militar.

Iniciada la década de 1990, la agenda neoliberal es retomada por el gobierno del presidente Collor de Melo. Enseguida se observa el inicio del proceso de contra-reforma del Estado a partir de 1995 con la llegada a la presidencia de Fernando Henrique Cardoso. En este marco, la maquinaria del Estado es culpabilizada, lo cual constituye el fundamento de la privatización de sectores estratégicos de la producción. De este modo, se reduce la responsabilidad estatal en la respuesta a las secuelas de la “cuestión social”, transfiriéndola al llamado “tercer sector”. Según Bonfim, este proceso lleva a un retroceso en cuanto al compromiso social que se había logrado con la nueva constitución. La obturación de ese proceso ideológico político, de las conquistas obtenidas a través de la lucha de la clase trabajadora conllevó la negación de derechos conquistados. Es así que, a fin de los '90 se presenta una coyuntura que plantea la demanda creciente por servicios públicos y, en contrapartida, se asiste a un proceso de estancamiento y reducción de las inversiones públicas. En función de este contexto, el objetivo de Bonfim es descubrir las estrate-

gias necesarias para la obtención de hegemonía para la construcción de consenso en la coyuntura de crisis. Así, devela la relación constitutiva entre la dinámica económica y las formas de enfrentamiento de la “cuestión social” y propone pensar la relevancia de la esfera cultural, la importancia de la batalla en el campo de las ideas para el establecimiento de una “cultura del voluntariado”.

El segundo capítulo del libro propone una discusión sobre los procesos ideo-culturales y políticos necesarios para la consolidación de una “cultura del voluntariado” en Brasil. Con este objetivo, son problematizados los aspectos ideológicos, culturales y políticos constitutivos de la reestructuración del capitalismo en la actualidad, que conforman el sustento de un nuevo patrón de intervención social que incluye el desarrollo y consolidación de una “cultura del voluntariado”. Para ello, la autora ofrece elementos para concebir la “cultura del voluntariado” como desdoblamiento de la “cultura de la crisis” (Mota, 2000), como componente ideológico necesario para la reestructuración del capital en la actualidad y funcional al patrón de intervención social vigente. En este sentido, la “cultura del voluntariado” constituiría una alternativa de enfrentamiento a la crisis en sus dimensiones económica, política, social y moral. Se trata, según Bonfim, de conciliar el retorno a la lógica de libre mercado con valores como el amor al prójimo, la generosidad, la compasión y la solidaridad. Este análisis devela los mecanismos por medio de los cuales se intenta rescatar esos valores en una sociedad donde el individualismo alcanzó su forma más perversa. De este modo se conjuga el incentivo de la solidaridad y, al mismo tiempo, la competencia feroz por un lugar en el mercado de trabajo, la conciliación de esos valores con la búsqueda de la satisfacción individual. En esta perspectiva -a partir de la década de 1990- se gesta la “cultura del voluntariado” en Brasil, durante un momento histórico de agudización de las secuelas de la “cuestión social”.

Para Bonfim no se trata de negar o cuestionar el hecho de que los sujetos se conmocionen o movilicen frente a una situación de crisis o caos social, sino de develar el componente ideológico de este movimiento. Siguiendo a Chauí (1997) sostiene que el discurso ideológico oculta las divisiones y diferencias haciendo que aparezcan como simple diversidad, ignorando las desigualdades propias de la sociedad de clases. A partir de aquí, el proyecto social idealizado es un capitalismo humanizado.

“(…) sentimiento de responsabilidad social (...) el interés público no consiste apenas en deber jurídico del Estado, siendo también obligación colectiva (...) *conciencia de que es posible humanizar el sistema económico*, (...) no precisa ser perverso para funcionar de modo eficiente” (Villela, In: Bonfim, 2010: 47).

Por lo tanto, este instala la idea del fin de la lucha de clases, dando lugar a la cooperación entre ricos y pobres. Desde esta perspectiva, la asistencia como práctica individual, privada, deja de ser entendida como política, como derecho constitu-

cional, imperativo, universal, y es motivada por principios humanitarios. Debido a ello, Bonfim afirma que la ética del voluntariado adquiere funcionalidad frente al enfrentamiento de las refracciones de la “cuestión social” en la contemporaneidad.

Además, la autora demuestra cómo lo propio del capitalismo monopolista es la fusión entre lo público y lo privado en tanto elemento inherente a la acumulación de capital. Así, se observa que mientras que en la fase competitiva del modo de producción capitalista el Estado representaba al capital colectivo, sin interferir en las condiciones internas de la producción, en la fase monopolista garantiza tanto las condiciones externas como las internas de forma continua y sistemática. Por esta razón, sumada a la presión de los trabajadores, el Estado pasa a intervenir en las expresiones de la “cuestión social”. Lo público y lo privado se imbrican y es lo que permite la responsabilidad del Estado en lo que se denominó “problemas sociales”. Se produce un fenómeno de psicologización de la vida social en los términos de Netto (1996^a. En Bonfim, 2010), esto es, de responsabilidad individual por los propios “problemas sociales” fragmentados, pero también por la atención institucional personalizada -en la lógica de la adaptación social- mediante se genera la sensación de inserción social en los individuos. Por consiguiente, en la fase actual del capitalismo se evidencia la permanencia del sector estatal en la respuesta a la “cuestión social”, concomitante con una expansión del sector privado y del denominado “tercer sector”.

Observamos de esta forma que el neoliberalismo presenta los problemas sociales como responsabilidad individual cuyo ámbito de resolución por excelencia es la esfera privada o las prácticas de trabajo voluntario. Estas conllevan un componente psicologizador ya que hace la diferencia en el currículum de quien las ejerce al momento de competir por un puesto de trabajo. Por lo tanto, estas prácticas continúan basadas en intereses de orden individual, cristiano o de obligación ciudadana, o en la necesidad imperiosa de mantener vínculos profesionales en tanto ethos individualista de la sociedad burguesa. Así, para Bonfim, se va forjando una “cultura del voluntariado” con el objetivo de recuperar vínculos sociales deshechos y mantener la hegemonía, en una perspectiva en la cual la “cuestión social” aparece naturalizada (Cf., 2010: 57).

La autora nos invita a reflexionar cómo el desarrollo de la “perspectiva privada” a través del “tercer sector” y de las acciones voluntarias es compatible con el pensamiento conservador de Durkheim, quien realiza una crítica a la caridad individual en tanto no constituye un acto moral y formula que la solución debe ir en dirección de la cohesión social. A pesar de que la propuesta de Durkheim está orientada a las instituciones estatales, Bonfim afirma que el nuevo patrón de intervención social (que incluye la articulación público-privado) respondería - en la lógica durkheimiana - a los objetivos de la colectividad a través de acciones colectivas. En este sentido también se debe resaltar el énfasis dado a la educación. Otro eje del texto que debe ser destacado consiste en la concepción de la solidaridad como

principio fundamental de la “cultura del voluntariado”. Este análisis muestra la forma en que la solidaridad ha sido presentada como concepto universal y ahistórico. Aquí, en cambio, propone problematizar los diferentes significados del término en el marco de diferentes proyectos societarios. Así, es posible observar que la solidaridad ha servido a lo largo del desarrollo del capitalismo para justificar las relaciones desiguales en la sociedad burguesa.

Es posible comprender, entonces, cómo los cambios ocurridos en el pasaje del capitalismo competitivo a la fase monopolista acarrear transformaciones en la intervención del Estado. Según la autora, este proceso significó una subordinación de las políticas sociales privadas a las públicas. Como resultado, la solidaridad cristiana y el deber cívico pasaron a tener un espacio reducido y las conquistas de la clase trabajadora imprimieron un nuevo significado a la seguridad social y a la asistencia, en tanto derecho del ciudadano y deber del Estado. Por tanto, la solidaridad individual, basada en valores cristianos, fue sustituida por una solidaridad universal, que se expresaba en la universalidad de derechos: “La sociedad se solidariza con el individuo cuando el mercado lo pone en problemas” (Bonfim, 2010: 67). En el caso de Brasil, donde no se implantó un Estado de Bienestar Social como en los países capitalistas centrales, se observa que uno de los principios de la constitución de 1988 es el de la solidaridad.

En esta línea, Bonfim desarrolla una crítica rigurosa de las principales construcciones teóricas sobre el concepto de solidaridad. Por ejemplo, observa la producción de Rosanvallon y su propuesta de la emergencia de una “nueva cuestión social”. Para este autor la solidaridad automática que fundamenta el Estado-providencia aumenta los costos sociales y debe ser sustituida por la “solidaridad voluntaria”, que llevaría a la construcción de una tercera vía entre lo público y lo privado superadora de las opciones “estrictamente” estatistas o mercantilistas. Para Bonfim, Rosanvallon des-historiza, des-economiza y des-politiza los procesos sociales de la sociedad capitalista. Para éste y otros teóricos -inscriptos por ello en una perspectiva conservadora- se trata de una solidaridad basada en la cooperación entre jóvenes y viejos, sanos y enfermos y no en el ingreso (que fundamentaba el Estado providencia), ni en la apropiación igualitaria de los bienes socialmente producidos por el conjunto de los trabajadores. La autora afirma que la tesis de Habermas es igualmente problemática ya que proclama el fin de la utopía de la sociedad del trabajo y afirma que el lenguaje, la esfera comunicativa, la intersubjetividad es la categoría fundante del ser social donde la solidaridad es la alternativa para reordenar la nueva sociabilidad de las sociedades post-industriales. Según ese autor, el lenguaje y la cultura (no el trabajo) son los aspectos básicos del mundo de la vida.

Según Bonfim la solidaridad, en la actualidad, rompe con la ética del deber expresada en las doctrinas religiosas y pasa a identificarse, como en Durkheim, con la necesidad de la cohesión social. Se trata de una solidaridad residual, focalizada,

accionada para atender necesidades inmediatas, pensada a partir de micro-relaciones, desconectada de la totalidad social. La felicidad residiría –según la autora- en el reconocimiento de las desigualdades y el intento de minimizarlas conforme a las necesidades de cada uno. Queda claro que, a partir de esta lectura, no se trata de negar el valor de la solidaridad en sí, sino de buscar el significado en la sociedad actual, develarlo para proponer otro tipo de solidaridad que tenga como presupuesto la verdadera igualdad.